

LA PALABRA, LAS PALABRAS, EL PODER

Václav Havel

La siguiente es una transcripción del discurso pronunciado por Havel al recibir el premio otorgado por la asociación de libreros alemanes. Havel desarrolla en este artículo, un análisis de las relaciones existentes entre la palabra y el poder. Esta revista a las funciones y formas que puede adquirir la palabra en relación con el poder, la aprovecha Havel para tocar casos contingentes de su país y de Europa Oriental, criticando dichas funciones y formas desde un punto de vista moral.

El premio con el cual se me distingue hoy día es llamado "de la paz" y me ha sido otorgado por los libreros es decir, por hombres que se dedican a la difusión de la palabra. Esto me autoriza, quizás, a reflexionar en torno a las secretas conexiones que existen entre la palabra y la paz y, en general, sobre el secreto de la palabra en la historia de la humanidad.

"En el principio era el verbo" se encuentra escrito en la primera página de uno de los libros más importantes que conocemos. En este libro dicha frase significa que el origen de toda la creación es el Verbo de Dios. Sin embargo ¿acaso no tiene esto valor, en un sentido figurado, para todo el quehacer del hombre? En nuestro caso ¿no es quizás la palabra el origen más apropiado de aquello que somos y el fundamento mismo de aquel modo universal de ser que llamamos hombre? El espíritu, el alma humana, nuestra autoconciencia, la capacidad de generalizar y pensar mediante conceptos, de comprender el mundo como mundo (y no sólo como nuestro propio alrededor) y, por último, también nuestra capacidad de saber que vamos a morir y aun así seguir viviendo: todo esto ¿no está tal vez mediatizado, o, a más de eso, creado por la palabra?

Si el Verbo de Dios es el origen de toda la creación divina, la parte de esta creación que representa la raza humana es tal sólo gracias a otro prodigio de Dios, el prodigio de la palabra humana. Y si este prodigio es la clave para la historia del hombre, quiere decir que lo es también para la historia de la sociedad. Y quizás es posible hablar de la primera debido exclusivamente a la segunda, pues si la palabra no fuera una especie de comunicación entre dos o más "yo" humanos, ni siquiera existiría.

Todo esto, de alguna manera, lo sabemos desde siempre, o al menos lo intuimos. La percepción del sentido especial y del peso que tiene la palabra está presente en la conciencia de la humanidad desde tiempos inmemoriales.

Pero no es todo: gracias al prodigio de la palabra sabemos, mejor que el resto de los animales, que es muy poco lo que sabemos, es decir, nos damos cuenta que existe el misterio. Ante el misterio desde tiempos remotos, buscamos interpelar su significado y, al mismo tiempo, tratamos de influirlo con nuestra palabra. Como creyentes le rezamos a Dios; como magos evocamos o exorcizamos a los espíritus y buscamos así, con nuestra palabra, intervenir en el acontecimiento de la naturaleza y del hombre; como miembros de la civilización moderna (creyentes y no creyentes) ponemos juntas con nuestras palabras teorías científicas e ideologías políticas con las que enfrentamos (a veces con éxito, a veces no) el misterioso curso del mundo y, este mismo curso (a veces con éxito, a veces no), intentamos condicionar.

Conscientes o no de ello, una cosa parece ser evidente: nosotros hemos creído desde siempre, y en un cierto sentido con razón, en el poder revolucionario de nuestra palabra. ¿Por qué decimos "con razón"?

¿Es en verdad tan poderosa la palabra humana como para poder cambiar el mundo e influir la historia? Y si esto tuvo valor alguna vez, ¿lo tiene aún por estos días?

Ustedes viven en una tierra en donde existe una gran libertad de palabra. De esta libertad puede usufructuar cada uno con el otro sin que alguien tenga necesariamente que tener conocimiento de ello o, a mayor abundamiento, sin que ese alguien tenga que entrometerse en el uso de dicha libertad. Luego, a ustedes les puede parecer que yo sobrevaloró la importancia de la palabra dado que vivo en un país en donde, por causa de ella, se va a dar a la cárcel.

Sí, vivo en un país donde el peso y la radiación de la palabra son cotidianamente rebatidos por las sanciones que la palabra libre atrae sobre sí. Recientemente, todo el mundo celebró el bicentenario de la Revolución Francesa, tiempo en que hemos tenido que recordar la solemne Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano donde se dice que cada ciudadano tiene el derecho de poseer una tipografía. Por esos mismos días, a doscientos años de aquella declaración, el amigo Frantisèk Stárek fue condenado a dos años y seis meses de cárcel por haber publicado la revista cultural independiente "Vokno". Y no en una tipografía particular, sino que en una crujiente y precaria imprenta manual(!). Poco antes, el amigo Ivan Jirous fue condenado a dieciséis meses de cárcel por haber gritado, escribiendo a máquina, aquello que cualquiera sabe: que en nuestro país la justicia ha cometido muchos delitos y que, aun hoy en día, un hombre injustamente detenido puede ser torturado

en la cárcel. El amigo Petr Cibulka está preso por haber difundido textos de una editorial clandestina y grabaciones de cantantes y grupos musicales no conformes con el régimen. Sí, todo esto es cierto. Efectivamente vivimos en un país en donde un congreso de escritores o una declaración que en él se haga, puede hacer temblar el sistema. ¿Pueden ustedes imaginar algo parecido en la República Federal de Alemania? Sí, vivimos en un país que hace veinte años fue remecido por el texto de mi amigo Ludvik Vaculík que se titulaba -casi confirmando aquello que he dicho sobre el poder de la palabra- "2000 palabras". Este texto, entre otras cosas, fue uno de los motivos por el cual se abalanzaron sobre nuestra patria cinco ejércitos extranjeros. Y no es una casualidad que, mientras escribo, el régimen local sea golpeado por una página que se llama -esta es una ilustración más de cuanto vengo diciendo- "Algunas frases". Sí, vivo justo en medio de un sistema en el cual la palabra puede tener más fuerza que diez batallones juntos, donde la palabra verdadera de un Solzenitzyn fue considerada tan peligrosa que se hizo necesario subir a la fuerza a su autor sobre un avión para expulsarlo. Sí, vivo allí donde la palabra "Solidaridad" fue capaz de hacer temblar un bloque completo de poder.

Todo esto es cierto, y de ello ha dado cuenta con toda autoridad en este mismo lugar mi ilustre predecesor Lev Kopelev.

* * *

Haré, entonces, algo distinto. No quiero hablar sólo del increíble peso que la palabra libremente desplegada adquiere en los países totalitarios, no quiero ilustrar el misterioso poder de la palabra sólo porque existen países en donde algunas pocas de ellas pueden valer más que un tren de dinamita. Quiero hablar más en general y considerar este tema en sus más amplias y contradictorias implicancias.

Vivimos en un mundo donde es posible que cualquier violentista de otro país lance públicamente, sin el más mínimo escrúpulo, una flecha mortal sobre un ciudadano inglés por la mera razón de haber escrito el susodicho ciudadano un determinado libro. Este hombre violentista ha hecho tal cosa, según se dice, en nombre de millones de correligionarios. Y no sólo eso: en este pequeño mundo es posible que una cierta parte -esperemos que sea mínima- de estos millones de personas se identifique y haga suyo el juicio condenatorio.

¿Qué es esto? ¿Qué significa? Sólo es una fría marea de fanatismo aún sorprendentemente vivo en la poca de las varias

conferencias de Helsinki y sorpresivamente vitalizado por las consecuencias aplastantes de la expansión del europeísmo en aquellos mundos que originariamente no estaban interesados en la importación de civilización extranjera, la que además les ha significado millones de deudas.

Ciertamente todo esto es obvio.

Pero al mismo tiempo es algo más: es un símbolo.

Símbolo de la misteriosa multiplicidad de significados de que dispone el gran poder de la palabra.

Sí, el poder de la palabra no es unívoco y claro. No es tan sólo el poder liberador de la palabra de Walesa o aquél que advierte de la de Sacharov. No es solamente el poder del libro de Rushdie. Junto a la palabra de éste está también la de Khomeini. Junto a la electrizante palabra que toca a la sociedad con su libertad y su verdad existe, al mismo tiempo, la palabra que hipnotiza, que burla, que enfurece: la palabra engañadora, peligrosa, mortal. La palabra-espada.

Pienso que no es necesario hablarles profusamente de la magia negra de algunas palabras, desde el momento en que ustedes mismos experimentaron, hace un tiempo relativamente reciente, los indecibles horrores a los que pudo llevar la hipnotizada y alucinada palabra de un pequeño burgués. No logro entender con qué pudo dicho hombre atraer a vuestros padres y madres, pero comprendo que tiene que haber sido algo muy sugestivo y muy insidioso si fue capaz de, aun cuando sólo por un corto tiempo, cautivar aquel gran espíritu que había dado un sentido tan nuevo y penetrante a las palabras "das Sein", "das Da-Sein" y "die Existenz".

Esto es lo que quiero decir: la palabra es un fenómeno misterioso, ambiguo, traidor, de múltiples significados. Puede ser un rayo de luz en el reino de las tinieblas, como la llamó el Belinskij de la "Tempestad" de Ostrovskij, y también puede ser un arma mortal. Justamente esto es lo más grave: puede ser ahora una cosa, ora otra o, incluso, ambas juntas (!).

* * *

¿De qué tipo era la palabra de Lenin? ¿Liberadora o mentirosa? ¿Acaso peligrosa y dañina? Aquellos que se interesan por la historia del comunismo polemizan apasionadamente sobre esto y

seguramente van a continuar por mucho tiempo. Por mi parte, he notado que esa palabra era siempre rabiosa.

¿Y la palabra de Marx? ¿Ha echado luz sobre los secretos mecanismos sociales o ha sido nada más que el oscuro embrión de todos los terribles Gulag que se sucedieron? Realmente no lo sé, quizás las dos cosas juntas.

¿Y la palabra de Freud? ¿Ha develado el misterioso cosmos del alma humana o fue tan sólo el germen de la ilusión (con la que hoy en día se aturde la mitad de los Estados Unidos de América) de que uno se pueda sacar de los hombros las propias angustias y las propias culpas entregando la carga a la interpretación de un especialista bien pagado?

Iría un paso más adelante y preguntaría de una manera aun más provocativa: ¿de qué tipo era la palabra de Cristo? El principio de la historia de la salvación es uno de los más imponentes impulsos culturales en la historia del mundo y, sin embargo, fue también el embrión espiritual de las cruzadas, de la inquisición, de la aniquilación de las culturas precolombinas y, por último, de la contradictoria expansión de la raza blanca que tantas tragedias ha provocado, incluyendo la que hoy relega a la mayor parte de la humanidad a la miserable categoría de Tercer Mundo. Yo sigo pensando que siempre fue lo que he dicho en primer lugar, pero no puedo ignorar las montañas de libros que demuestran que aun en el amanecer más puro del cristianismo se presentaba latente algo que, en el contexto de mil circunstancias distintas, podía de alguna manera ofrecer un espacio también para los horrores que he citado.

* * *

Las palabras tienen también su propia historia.

Hubo, por ejemplo, un tiempo en que la palabra socialismo era, para generaciones enteras de humillados y ofendidos, el sinónimo atrayente de un mundo más justo y en donde, por el ideal representado en ella, los hombres estaban dispuestos a sacrificar largos años de vida y quizás la vida misma. No sé cómo están las cosas en vuestro país: en mi patria, de la palabra socialismo se hizo un garrote con el cual algunos burócratas desilusionados golpean el trasero de sus conciudadanos que piensan libremente, llamándoles "enemigos del socialismo" y "fuerzas antisocialistas". En síntesis: en mi patria esta palabra es un verdadero exorcismo del que es mejor estar lejos si no se quiere despertar sospechas. Hace poco estuve en una manifestación absolutamente espontánea (no

organizada por disidentes) para protestar contra la venta de las partes más bellas de Praga a algunos millonarios australianos. Cuando un orador, que hablaba enfáticamente en contra de este proyecto, quiso dirigir su apelación al gobierno señalando que luchaba por la defensa de su casa en nombre del socialismo, el gentío se largó a reír. No porque estuviera en contra de una ordenación justa de la sociedad, sino que por la única razón de haber escuchado una palabra usada durante largos años, y en todas las circunstancias posibles, por un régimen sólo capaz de manipular y humillar a los individuos.

Las palabras pueden tener vicisitudes (!) Los hombres libre-pensadores y valientes pueden ser encarcelados una vez a causa de que una determinada palabra significa para ellos alguna cosa y otra vez lo pueden ser porque la misma palabra ya no significa nada en cuanto a que, de ser el símbolo de un mundo mejor, pasa a ser el lema de un dictador idiota.

Ninguna palabra -al menos en el sentido metafórico en que aquí uso la expresión- comprende sólo aquello que el diccionario etimológico le atribuye. Cada una implica también la persona que la pronuncia, la situación en la que es pronunciada y la razón por la que es pronunciada. La misma palabra puede provocar una gran esperanza, como asimismo lanzar sólo encandilamientos de muerte; puede ser ahora verdadera ora falsa, fascinante o vilipendiosa, ahora puede abrir perspectivas increíbles, de pronto construir únicamente los rieles que conducen a los archipiélagos de los campos de concentración. La misma palabra puede ser la piedra angular de la paz y en otro lugar resonar en cada fonema de los ecos de las metralletas.

Gorbachev quiere defender el socialismo introduciendo el mercado y la libertad de expresión, Li Peng defiende el socialismo masacrando a los estudiantes y Ceausescu aplanando con los tanques su propia nación. ¿Qué significa la misma palabra en los labios del primero y en los de los otros dos? ¿Qué es lo que hay detrás de la misteriosa causa que es defendida de maneras tan distintas?

He citado la Revolución Francesa y la bella declaración que ha introducido. Esta última había sido suscrita por alguien que fue una de las primeras personas ajusticiadas en nombre de este texto pomposamente humano. Y después de él centenares, quizás miles, de otros más. Libertad, igualdad, fraternidad: qué estupendas palabras (!). Y cuán terrible puede llegar a ser aquello que significan: libertad de desabrocharse la camisa antes de ser decapitado, igualdad en la rapidez con que cae la cabeza bajo el filo de la

guillotina, fraternidad en un cielo oscuro en donde reinará el Ser Supremo.

En todo el mundo resuena hoy en día la prometedora palabra "perestroika". Todos sabemos que detrás de esta palabra se esconde una esperanza para Europa y para el mundo entero.

Aun así admito que tiemblo algunas veces de miedo ante la posibilidad que esta palabra se convierta en un nuevo exorcismo y al final se transforme sólo en un palo para pegarle a alguien. No digo esto pensando en mi patria, en donde esta palabra suena en boca de sus gobernantes como la expresión "nuestro monarca" en los labios de Josef Svejek. Pienso en algo distinto. Quiero decir que también el hombre valiente que hoy día está sentado en el Kremlin podría un día -tal vez únicamente por desesperación- acusar a los obreros en huelga o a las naciones y minorías étnicas agitadas o a las minorías ideológicas demasiado inconformistas, de amenazar la "perestroika". Lo comprendo: cumplir la gigantesca tarea que asumí es extraordinariamente difícil; todo se sostiene en un hilo que cualquier cosa puede cortar haciendo precipitarnos a todos en el abismo. Pero me atrevo a agregar más: ¿acaso no hay en este "nuevo pensamiento" peligrosos restos del antiguo pensamiento? ¿No resuena aquí el eco de estereotipos pasados y rituales lingüísticos autoritarios? La palabra "perestroika" ¿no empieza por aquí y por allá a parecerse a la palabra socialismo si por ella fuera golpeado en la cabeza el mismo hombre que por tanto tiempo y tan injustamente fue golpeado por la palabra "socialismo"?

* * *

Vuestro país ha hecho una gran contribución en la historia de la Europa moderna: la primera corriente de deshielo conocida como "Ostopolitik".

Sin embargo, incluso esta palabra ha logrado ser algunas veces bellamente ambigua. Obviamente significó el primer brochazo de esperanza de una Europa sin guerra fría y cortina de hierro; pero frecuentemente ha significado también la renuncia a la libertad y, por ende, a la promesa fundamental de toda paz efectiva. Aún recuerdo muy bien cómo al principio de los años setenta, algunos colegas y amigos de Alemania Occidental me evitaron por el temor de provocar al gobierno con cualquier contacto que sostuvieran con mi persona (ya que en ese tiempo no contaba con la gracia de aquellas autoridades) que amenazara los frágiles fundamentos de la naciente distensión. Obviamente no digo esto para auto-compadecerme. Más bien fui yo quien se compadeció de ellos porque eran ellos, y no

yo, quien renunciaba a su propia libertad. Cito este ejemplo sólo para ilustrar desde otro ángulo como una cosa bien pensada puede fácilmente traicionar su buena intención a través de una palabra cuyo sentido, obviamente, no fue resguardado con el debido cuidado. Una cosa como esta puede suceder muy fácilmente; el hombre ni siquiera se da cuenta, todo sucede por debajo, a escondidas y cuando al final se toma conciencia de ello no le queda más que una sola posibilidad: un asombro tardío.

Este es el modo diabólico con el que las palabras logran traicionarnos si es que no estamos continuamente atentos cuando las usamos. Frecuentemente, por desgracia, aun una modesta y momentánea pérdida puede tener consecuencias trágicas e irreparables. Consecuencias que sobrepasan ampliamente el mundo inmaterial de las palabras para entrar así en aquél espantosamente material.

* * *

Al fin llego a la bella palabra paz.

Desde hace cuarenta años la leo en nuestro país sobre cada texto y en cada contexto. Desde hace cuarenta años, como todos mis conciudadanos, estoy educado de tal manera que siento alergia de esta bella palabra porque sé, desde hace cuarenta años, lo que significa: ejércitos poderosos y siempre más poderosos como presunta garantía de paz.

Pero a despecho de este largo proceso de sistemático vaciamiento de la palabra paz y de su consecuente "rellenado" con un sentido del todo contrario a aquél que el vocabulario le confiere. A despecho de todo esto, digo, algunos "don Quijotes" de "Charta 77" y algunos amigos suyos más jóvenes de la Asociación Pacifista Independiente, han logrado rehabilitar esta palabra y devolverle su significado original. Han tenido que pagar algo para esta "perestroika" semántica (es decir, el dar vuelta de pies a cabeza la palabra paz): casi todos los jefes de esa asociación han tenido que pasar un par de meses presos. Pero valía la pena: una palabra importante ha sido preservada de su total desvalorización. Y esto, como siempre trato de explicar, no es sólo una pura defensa de la palabra: es la defensa de algo mucho más importante.

Todas las acontecimientos importantes -alegres o tristes- del mundo real tienen siempre su preludeo en la esfera de la palabra.

* * *

Como ya he dicho, no es mi intención ofrecerles la experiencia de un hombre que ha verificado que la palabra aún vale algo si por ella se va a dar a la cárcel. Mi intención es comunicar otra experiencia que en este pedacito de mundo hemos hecho con el peso de las palabras y que -estoy convencido- tiene valor universal: vale la pena sospechar de las palabras y estar atentos de ellas porque ninguna prudencia está de más.

Por lo demás ¿no es en la actitud de sospecha frente a las palabras y en el desenmascaramiento de los horrores que en ellas puedan crearse, donde reside la misión más propia del intelectual? Recuerdo que André Glucksmann, cuya relación me ha precedido, dijo una vez en Praga que el intelectual tenía que ser como Cassandra porque su tarea es escuchar bien las palabras de los poderosos, guardarlas, poner sobre aviso y profetizar qué mal podrían significar o traer.

Tomemos un hecho: durante siglos nosotros y ustedes, es decir, checoslovacos y alemanes, hemos tenido múltiples dificultades en nuestra convivencia en la Europa central. No puedo hablar por ustedes, pero creo que sí puedo decir por parte nuestra que la antigua animadversión, que los prejuicios nacionalistas que se han arrastrado por siglos hoy han desaparecidos. No es una casualidad que esto haya sucedido en la época en que hemos sido golpeados por un régimen totalitario. Justamente es esto lo que ha alimentado en nosotros una tan profunda desconfianza hacia todas las generalizaciones, hacia los pomposos maquillajes ideológicos, los slogans, las frases, los estereotipos mentales y hacia los recursos que pretenden tocar éste o aquel nivel de nuestros sentimientos, desde los más bajos hasta los más altos, respecto a los cuales estamos hoy en día inmunes a cualquier seducción. Aunque tuviera ésta la sugestiva forma que tradicionalmente le da la apelación a lo nacional o nacionalista. La manta sofocante de las millares de palabras vacías bajo las cuales, desde hace mucho tiempo, estamos obligados a vivir, ha despertado en nosotros una desconfianza tan fuerte hacia el mundo de las palabras mentirosas que hoy día somos capaces, más que ayer, de ver el mundo del hombre tal cual es: una comunidad compleja de millares y millones de seres humanos. Irrepetibles y que, junto a centenares de bellas cualidades, tienen también centenares de defectos y de feos pliegues que no es posible eliminar con la plancha de las frases y de las palabras desvalorizadas, en una única masa homogénea (como por ejemplo clase, nación o fuerza política) y, por lo tanto, de aceptar o rechazar, amar u odiar, despreciar o exaltar en bloque.

Este es un pequeño ejemplo de por qué la desconfianza en las palabras es buena. Un ejemplo que tiene en cuenta la circunstancia en que es usado, es decir, el lugar en donde un checo tiene el honor de hablar a un público predominantemente alemán.

* * *

En el principio de todas las cosas está la palabra.

Es el prodigio al que le debemos el hecho de ser hombres.

Pero es también insidia, prueba, astucia y test.

Más aun de cuanto les pueda parecer a ustedes, que viven en condiciones de una gran libertad de palabra, condiciones, por lo tanto, en las que aparentemente no mucho depende de ellas.

En verdad, depende de ellas.

La misma palabra puede ser una vez humilde y en otra ocasión soberbia. Muy fácil e inadvertidamente la palabra humilde puede transformarse en palabra soberbia, mientras que mucho más difícil y lentamente la palabra soberbia se transforma en palabra humilde. He tratado de demostrarlo a través de las vicisitudes de la palabra paz en mi país.

Este mundo y especialmente la Europa de finales del segundo milenio después de Cristo se encuentran en una disyuntiva: desde hacía mucho tiempo que no se daban tantas razones como para esperar que todo salga bien y, a la vez, nunca antes se habían dado tantas razones para temer que si todo sale mal sería la catástrofe definitiva.

No es difícil demostrar que las principales amenazas a las que tiene que enfrentarse el mundo actual, desde la guerra atómica a la catástrofe ecológica y a la catástrofe social (pienso en la creciente división entre naciones e individuos pobre y ricos), tienen en el fondo de sus vísceras una causa común: la imperceptible transformación de la palabra originariamente humilde en palabra soberbia.

Soberbiamente el hombre ha comenzado a pensar que está, como dueño de la razón, en condiciones de comprender completamente su propia historia y programar una vida feliz para todos. Y, por lo tanto, de tener derecho a barrer a cualquiera que no comparta dicho

plan, en razón de un presunto futuro mejor cuya única y verdadera llave habría encontrado.

Soberbiamente ha empezado a pensar que si está en condiciones de fraccionar el átomo, es ya tan perfecto que no debe temer al peligro de los armamentos atómicos y a la guerra nuclear.

En todos estos casos el hombre se ha equivocado fatalmente. Esto es malo.

Sin embargo, en todos estos casos empieza a entender su error. Esto es bueno.

Sabedores de esto, deberíamos luchar todos juntos contra las palabras soberbias y desenmascarar el germen de soberbia que se encuentra en las palabras aparentemente humildes.

No se trata, obviamente, de una tarea puramente lingüística, sino de una tarea esencialmente moral.

En cuanto tal, no tiene sus raíces en el horizonte del mundo accesible a nosotros, sino que las tiene allá donde habita el Verbo que fue el principio de todo y que no es palabra de hombre.

No explicaré como esto es así. Mucho mejor de cuanto podría hacerlo yo lo ha hecho vuestro gran Immanuel Kant.

Václav Havel.

Hrádecek, 25 de julio de 1989.